

José Ramón García-Murga, *El Dios del amor y de la paz. Tratado Teológico de Dios desde la reflexión sobre su bondad* (Madrid 1991). Serie III; Textos, 12 Publicaciones de la Universidad Pontificia de Comillas, 440 pp. ISBN 84-8528-89-6.

J. R. García-Murga, profesor de la Universidad de Comillas, no ha renunciado a escribir con este libro un tratado de Dios uno y trino, aunque le de el rango menor de manual. Estamos pues no ante un ensayo teológico, sino ante un tratado manual postconciliar, si bien concebido no en la forma de los manuales y de los tratados pre-conciliares y neoescolásticos. El tratamiento es más ensayístico que rigurosamente escolar y escolástico, sin con ello perder el rigor teológico, pero esponjado por la experiencia de la fe, por la recuperación del caudal bíblico y por el diálogo más que por la confrontación dialéctica con el pensamiento, la experiencia y la cultura modernas. Por esta porosidad y apertura de su tratado-manual, éste no se lee como aquellos áridos tratados preconculares. Pero a veces se pierde en cierta fronda predicativa.

El autor nos describe desde dónde reflexiona su experiencia de fe sobre el Dios trinitario de Jesús y su incidencia trascendental e inmanente en nuestra historia. Formula los desvelamientos, los modos de sistematización del tratado y su metodología, que se inscriben en el género bíblico-teológico, experiencial y dialogal en un estilo que él llama *realismo hermenéutico*, del que dió ya cuenta en un trabajo anterior, poniéndolo aquí en práctica. Se puede resumir en el convencimiento de una convergencia entre nuestra razón vital y nuestra experiencia revelacional de la fe que nos lleva a alcanzar y profundizar la verdad que nos hará libres y que nos sobrepasa siempre.

Repasando los grandes temas de este manual-tratado sobre el misterio trinitario de Dios y a su peculiar modo de ensamblarlo podemos adelantar dos cosas. Una, la disposición, ordenación y organización teológica en torno, no a un proceso genético-evolutivo o cronológico, sino a lo que el autor considera el centro nuclear de la experiencia cristiana de Dios, y que se resume y concentra en la experiencia afirmativa del Nuevo Testamento: *Dios es amor*. Desde ahí se inicia y se expande.

Y la otra, es su capacidad de sintonizar con el mundo moderno, sin descuidar por ello el mundo del pasado como memoria viva de la fe cristiana (tradición eclesial, conciliar y dogmática). El ensamblaje se hace —según los casos y los temas— con aquellos ámbitos de la filosofía o de la praxis que están en juego.

El tema primero parte del *Sentir con Jesús que Dios es nuestro Padre*. La experiencia fontal de la paternidad de Dios como *abbá* está preparada en el Antiguo Testamento, pero se lee y se experimenta en plenitud en la experiencia-revelación de Jesús. Sólo se vive en él personalmente a Dios como *abbá*, pero en Jesús se establece de una vez para siempre y se comunica en su gracia personal a todos la experiencia revelatoria del *abbá* como Dios de la historia y el Dios de la historia como *abbá*. El tema exige un diálogo y una confrontación, por una parte, con

la filosofía subjetivista de la razón teórica y práctica de Kant, que dista mucho de alcanzar al Dios *abbá* en la historia de los hombres y del mundo, y por otra parte hay que despejar el fantasma del padre represivo que señala Freud como un obstáculo para la realización autónoma y libre del hombre. Y así lo hace el autor. También entra en diálogo con el humanismo ateo y secularizante de Feuerbach.

El segundo tema contempla al *Padre, Señor de la naturaleza y de la historia*. Corresponde al tema clásico de la Biblia: creación y providencia, pero planteado ahora desde la complejidad moderna: creación y autonomía del mundo; señorío del Padre en su amor inmenso y libertad del hombre; acción de Dios en un universo como sistema abierto. En este último tema expone y aplica la teología procesual anglosajona, buscando compatibilizar lo que en otro sistema de coordenadas resultaría una intromisión impositiva y anuladora del mundo en su autonomía causal y constitutiva, o una imposibilidad cerrada a Dios.

Finalmente el tema tercero está consagrado al *Padre como Dios liberador del reino*. Sobre el fondo de la razón práctica de Kant y más allá de la pura razón teórica, se sitúa el autor ante el compromiso social ateo de Marx, depurando sus logros en el diagnóstico de la raíz de la conflictividad social y su acertada crítica a la religión y a las estructuras e ideologías. Pero destaca el autor a su vez la aporía y la represión que representa para el hombre —para las grandes cuestiones de su sentido y de su esperanza— la cerrazón de un horizonte ateo. Debate con claridad positiva la postura de la teología de la liberación en su vertiente teológico-antropológica y señala la subordinación de la liberación (que comienza aquí y es temporal, pero es asintótica en orden a alcanzar el reino de Dios) y de su carácter sacramental en relación con la salvación escatológica (pp. 190-192). Hasta aquí se puede decir que el autor ha pretendido satisfacer lo que en los tratados tradicionales eran los temas y límites a su modo del tratado *De Deo Uno*.

A partir de aquí, el tema cuarto está dedicado íntegramente a la comprensión de la Trinidad immanente: la *Trinidad en sí*. Partiendo de la concepción de Dios como Amor comunal, y siguiendo tanto la teología joánica como la línea teológica de Ricardo de San Víctor. Su título es éste: *El Padre, fuente de una comunidad de amor llamada Dios*. Aquí incorpora la dimensión trinitaria de Jesús como el Hijo, persona divina y preexistencia. Y de modo semejante, todo lo referente a la revelación de la personalidad del Espíritu Santo, así como la historia del dogma trinitario: la *perijóresis* y el *Filioque* en la controversia y en la hora actual ecuménica. Desde el punto de vista filosófico desfilan las diversas teorías, antiguas y modernas, acerca de la persona. Critica las deficiencias interpretativas del concepto de la persona trinitaria en los sistemas teológicos de K. Barth y K. Rahner, más propensos al "modalismo" que a las relaciones subsistentes, para inclinarse por la solución personalista de H. Mühlen. Finalmente en el marco de este Dios comunidad termina por definir al Padre como la *donación pura de amor* y su acción original como *dar* y al Hijo como *el amar al Padre desde la aceptación de*

sí, desde el Amor donación recibido y totalmente devuelto en relación amorosa. El Amado es terminología asumida de Ricardo de San Víctor. Para acabar en el Espíritu como *el Amor de comunión entre ambos* que se da, y es persona divina.

El capítulo siguiente está dedicado al *Padre que asume la negatividad de la historia y comunica su propia gloria a la creación*. Trata las misiones o comunicaciones del Hijo y del Espíritu en la historia. Debate con Hegel la disolubilidad de la trinidad divina en el proceso dialéctico de la historia, donde el Viernes santo especulativo de la Idea es el paso necesario para su resurrección en la síntesis final. Lo que no es más que una traslación al campo de la dialéctica de la Idea en la historia de lo que son las relaciones interpersonales de las personas divinas en la encarnación y la muerte de una de ellas, la del Hijo, en la historia de los hombres. No se puede diluir el misterio trinitario en la dialéctica hegeliana de la Idea en la historia.

Debate también los importantes temas que se derivan de la sensibilidad nietzscheana del sufrimiento del débil: "el sufrimiento de Dios", la teología del "dolor de Dios", y la posibilidad de compatibilizarlos con la otra teología clásica y más helenística de la inmutabilidad de Dios. Pasa revista a las posturas de Moltmann y de Maritain, pero la simpatía del autor se decanta por la solución de K. Rahner: nuestra negatividad en Dios no es un momento constitutivo de él, sino que su amor hace que, aunque su inmutabilidad sea inmunidad a lo negativo, se vuelque hacia nosotros por solidaridad con nosotros. Su plenitud de amor en el sufrimiento de Cristo es expresión de su exceso de amor. Trata después la Trinidad desde el misterio pascual (J. Moltmann) y resalta la original aportación del gran teólogo G. Lafont: el misterio pascual como revelación de la Trinidad.

El último capítulo consagrado *al Padre de Majestad infinita* es más bien un colofón, que tiene parte de doxología (la menor) y un largo apartado que podría haber ido mejor en los primeros capítulos del libro. Aborda en él el lenguaje sobre Dios: apofatismo y analogía; lenguaje de la experiencia abierto a una doble dimensión: lenguaje metafórico y lenguaje narrativo. Y finalmente, el lugar para el discurso sobre Dios.

Con esta obra, García-Murga corona sus años de docencia de esta disciplina teológica en Comillas. Con este tratado manual se suma así al concierto y al debate teológicos que en España y en el ámbito europeo y americano se han destacado en estos últimos decenios.

Hacemos notar en esta reseña que el título del libro, *El Dios y la paz*, es más retórico que real, al no corresponderle teológica ni antropológicamente reflexiones de fondo que aborden la violencia humana, en sus diversas vertientes. De haberlo hecho se lo hubiéramos agradecido, por ser un tema candente en la teología y en la antropología social de nuestro tiempo.